



Piccole Suore Missionarie della Carità  
(Opera Don Orione)  
Casa generale  
Via Monte Acero, 5 – 00141 Roma  
[www.suoredonorione.org](http://www.suoredonorione.org)

**Prot. MG 88/19**

**Objeto:** Circular para la Cuaresma 2019

### **QUERIDÍSIMAS HERMANAS:**

Estamos en el comienzo del tiempo fuerte que nos prepara a la Pascua. Esta vez en un año particularmente permeado por la gracia de la Visita canónica a nivel general y también por el comienzo de la Catequesis sobre el IV Voto de Caridad, pedido por el XII Capítulo General, son eventos que tienen un común denominador: estimularnos, personalmente, comunitariamente y como entero instituto, renovar nuestra adhesión a la llamada vocacional que Dios, a cada una en el propio tiempo, ha hecho; renovar nuestro “sí” a Su amor y la belleza de nuestra consagración sobre las huellas de San Luis Orione.

Y es justamente sobre esta línea que quisiera centrar nuestra reflexión de la Cuaresma de este año y nuestra preparación a la Pascua: ¡la belleza del Amor de Dios en nosotras y la belleza de la Vida consagrada que, a la luz de Cristo muerto y resucitado, adquiere nueva luz, nuevo rostro, nuevo impulso!

### **¿BELLEZA O VANIDAD?**

Hoy encontramos a cada paso y de maneras muy variadas propuestas e invitaciones a cuidar la belleza, el bienestar, el confort... y a menudo se quiere encontrar en esto la realización personal, la felicidad, la admiración de los otros.

Me ha llamado la atención en estos días un artículo con una reflexión del conocido teólogo Leonardo Boff, con el título: “*La belleza salvará al mundo: Dostoievski nos dice cómo*”. El autor ofrece una interesante reflexión, que quisiera compartir con ustedes, en algunos de sus párrafos.

“...Uno de los grandes apreciadores de la belleza fue Fiodor Dostoyevski. La belleza era tan central en su vida, que el gran novelista ruso iba todos los años a contemplar la hermosa Madonna Sixtina de Rafael. (...) Pero lo que en verdad lo movía era la búsqueda de la belleza y por eso nos legó esta famosa frase: “La belleza salvará al mundo”...

En la novela *Los hermanos Karamazov*, profundiza la cuestión. Un ateo, Ippolit, pregunta al príncipe Mischkin: “¿cómo “salvaría la belleza al mundo?” El príncipe no dice nada pero va junto a un joven de 18 años que está agonizando. Y se queda allí lleno de compasión y amor hasta que muere. Con eso quiso decir que belleza es lo que nos lleva al amor compartido con el dolor; el mundo será salvado hoy y siempre mientras ese gesto exista. (...)

Seguramente no podemos vivir sin pan, pero también es imposible existir sin belleza”, repetía. Belleza es más que estética; posee una dimensión ética y religiosa. Veía en Jesús un sembrador de belleza (...)

Nuestra cultura dominada por el marketing ve la belleza como una construcción del cuerpo y no de la totalidad de la persona. Entonces surgen métodos y más métodos de plásticas y botox para hacer a las personas más “bellas”. Por ser una belleza construida, no tiene alma. Y si lo miramos bien, estas bellezas fabricadas hacen emerger personas con una belleza fría y con un aura de artificialidad, incapaz de irradiar. Ahí irrumpe la vanidad, no el amor, pues belleza tiene que ver con amor y comunicación. Dostoyevski en *Los hermanos Karamazov* observa que un rostro es bello cuando se percibe que en él litigan Dios y el Diablo en torno del bien y del mal. Cuando percibe que ha vencido el bien irrumpe la belleza expresiva, suave, natural e irradiante. ¿Qué belleza es mayor, la del rostro frío de una *top model* o el rostro arrugado y lleno

de irradiación de la Hermana Dulce de Salvador de Bahía o de la Madre Teresa de Calcuta? La belleza es irradiación del ser. En las dos hermanas la irradiación es manifiesta, en la top model no tiene fuerza.”<sup>1</sup>.

Creo que la reflexión de L. Boff, apenas citada, tiene tanto para decirnos también a nosotras, mujeres consagradas, que tenemos también la misión de testimoniar y ser presencia de la “belleza” de Cristo en el mundo, pero también de descubrir la “belleza” de Dios en cada criatura, con la misma mirada mística que ha hecho decir a Don Orione: “en el más miserable de los hombres brilla la imagen de Dios”... en el más desventurado, en el más desesperado, en el más antipático y arisco, “brilla la imagen”, brilla la “belleza” de Dios.



Me pregunto, ¿cuánto de esta experiencia de “belleza” está presente en nosotras, que es fundamentalmente fruto de la victoria del “bien” en nosotras? ¿Cuánto, en cambio, puede haber entrado en nosotras el espíritu del mundo, la búsqueda de una belleza superficial, banal, mundana, materialista? ¿Cuánto hemos entrado en la “cultura de la selfie”? (¡cuánto narcisismo se ve en Facebook o Instagram de tantas Hermanas...!)

Me ha golpeado últimamente, el diálogo con una joven nuestra en formación, durante el cual me compartía su anhelo de encontrar una vida religiosa bella y atrayente, hecha de personas auténticas, transparentes, luminosas, bellas... pero de aquella belleza que no viene del color de la piel, de los ojos o del cabello, del físico más o menos delgado, de la marca de aquello que se usa o se viste... sino de la belleza que brota de la experiencia transformante del Amor de Dios que nos consagra y nos envía.

Estoy convencida que la gente, los pobres, los jóvenes no tienen necesidad de ver en nosotras “modelos”, como dice el artículo citado, sino mujeres bellas de la belleza que viene de la donación a Dios, mujeres felices de la felicidad que viene de la pertenencia a Cristo, mujeres realizadas por el Amor de Dios en nosotras...

**Hagamos una pausa en la lectura y compartamos:**

- ¿Qué nos ha golpeado más?
- Recordemos a personas de las que podemos decir que son “bellas”: ¿cuál es su “belleza”?

**“TÚ ERES EL MÁS BELLO DE LOS HOMBRES...”**

El Salmo 44, que rezamos en la Liturgia de las Horas, en las vísperas del lunes de la segunda semana, es un bellissimo canto a la belleza. Tiene el lenguaje poético del amor, capaz de exaltar los dones y la belleza del esposo y de la esposa.

Es fácil para nosotras sentir vibrar nuestro corazón femenino mientras repetimos “Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey; mi lengua es ágil pluma de escribano. Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente” (Sal 44,2-3). Pienso que este sea uno de los textos bíblicos con el cual nos identificamos profundamente con la dimensión esponsal de nuestra consagración. Jesús, esposo de nuestra vida y de nuestro corazón es, sin dudas, “el más bello de los hombres” (v.3).

La belleza de Cristo, de su amor puro, entrañable y abrumador no se puede más que contemplar en el silencio amante y adorador del misterio... “en tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente” (v.3).

Ciertamente no nos causa fatiga descubrir la belleza de Jesús en su encarnación, en su predicación, en su ternura hacia los más pequeños, enfermos, pecadores... en su compasión y misericordia.

No nos cansa admirar la belleza de su Corazón de Bello y Buen Pastor, de sus manos que bendicen o acarician a los niños y enfermos, de sus ojos que invitan a seguirlo, de sus pies que visitan cada realidad humana... la belleza de Jesús Resucitado y de la Eucaristía...

<sup>1</sup> Cfr. Fuente: <https://leonardoboff.wordpress.com/2014/05/01/la-bellezza-salvera-il-mondo-dostoievskij-ci-dice-come/> Leonardo Boff, A força da ternura, ed. Mar de idéias, Rio 2011.

Pero, en este tiempo fuerte de Cuaresma, Jesús nos invita a acogerlo en la belleza velada del momento culminante de su misión de salvación... su pasión y muerte en la Cruz...

Misterio de la Salvación que crucifica la belleza: *“no tenía forma ni belleza para atraer nuestras miradas, ni apariencia, para desearlo” (Is. 53,2).*

Frente al rostro sangrante y herido de Jesús, Belleza Crucificada, Isaías presenta un comportamiento muy humano y superficial, que podría ser también el nuestro: *“despreciarlo... abandonarlo... esconder el rostro... despreciarlo... desestimarlos...” (cfr. Isaías 53,3).*



Solo la mirada del amor puede ver la belleza en el rostro desfigurado de Cristo crucificado...

Solo la mirada enamorada puede comprender la belleza de Su rostro ensangrentado...

Solo un corazón contemplativo puede entrever la belleza en la derrota de la Cruz...

Solo quien ama, como María a los pies de la Cruz, puede abrazar en Él *“al más bello de los hombres”*...

Solo quien ama, conoce y reconoce, y quien conoce comprende y ama.

Ésta es la belleza de Cristo, la *“belleza que salva al mundo”*: *“nadie tiene amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos” (Jn. 15,13).*

**Queridísimas hermanas**, es en este espejo que queremos, en este tiempo, reencontrar la belleza de nuestra vida, la belleza de nuestra consagración y de nuestra misión. Tender a asimilar esta belleza: la medida de mi belleza es Su belleza, la medida para mi amor es el amor de Aquel que *“me ha amado y se ha dado a sí mismo por mí” (Gal 2,20).*

Belleza, que no tiene nada que ver con la vanidad y la mundanidad, con aquello que el mundo *“decide”* que sea lo bello, con aquello que el mundo y la publicidad nos quieren imponer y vender como belleza, como felicidad, como condición para realizarnos, para sentirnos apreciadas, valoradas, acogidas... por el mundo!

¡No, queridas hermanas! No es con lo efímero que haremos nuestra vida bella, armoniosa y atrayente... es en el asumir el estilo de vida de Jesús, el estilo de sus relaciones, de su atención a los otros, de sus gestos de amor y ternura, en su donarse generosamente, en su pureza, transparencia, autenticidad, profundidad y cercanía; es en el estilo de su corazón sensible, empático, generoso; en fin, es en el asumir en nosotras su modo de amar. ¡He aquí la belleza de la Cruz! ¡He aquí la belleza del *“Ecce homo!”*... ¡He aquí la verdadera belleza femenina que estamos llamadas a irradiar... a Su imagen!

#### **Hagamos una pausa en la lectura y compartamos:**

##### **Comunitariamente:**

- ¿Cómo nos sentimos interpeladas por el rostro de Cristo, *“el más bello de los hombres”*?
- ¿Cuánto de los criterios de belleza, que nos presenta la cultura de la estética y del culto del cuerpo y del bienestar, ha entrado en nosotras?

##### **Personalmente:**

- ¿Qué siento que debo purificar todavía en mí para adquirir la *“belleza”* que nos ofrece Jesús?
- ¿De qué cosas siento que debo liberarme para dar espacio al estilo de vida de Jesús?

#### ***“...PRENDADO ESTÁ EL REY DE TU BELLEZA!”***

Nos sentimos ahora en sintonía con la segunda parte del Salmo 44: *“Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna: prendado está el Rey de tu belleza, póstrate ante él, que él es tu señor. Ya entra la princesa bellísima...” (Sal 44,12.14).*

Por demasiado tiempo, la *“belleza”*, ha sido casi enviada al *“exilio”* especialmente en nuestros ambientes religiosos femeninos... Confundida con la vanidad y el placer, la *“belleza”* ha sido *“juzgada”* casi *“peligrosa”*

para la observancia de la virtud: ¡una pérdida de tiempo! Pero vemos que, sea en la Biblia, sea en los Santos, el tema de la “*belleza*” ha estado siempre presente.

En los últimos años, ha sido el Papa Francisco quien ha traído a la luz el lugar, la vocación y la misión de la mujer en la Iglesia y en el mundo, como portadora insustituible de belleza y armonía: “*la mujer está para llevar armonía; sin la mujer no hay armonía; (...) ella es la que lleva aquella armonía que nos enseña a acariciar, a amar con ternura y que hace del mundo una cosa bella*»; (...) *la mujer es armonía, es poesía, es belleza*». Al punto que «*sin ella el mundo no sería tan bello, no sería armónico*»<sup>2</sup>.

“*¡Prendado está el Rey de tu belleza!*”... pero ¿qué belleza es el reflejo de Dios en nosotras? Ciertamente aquella plasmada sobre el esposo que viene, sobre Aquel que es “*el más bello de los hombres*”...

Nos trae luz una reflexión del Cardenal Martini:<sup>3</sup> “*La belleza de la que hablo no es, pues, la belleza seductora, que aleja de la verdadera meta a la que tiende nuestro corazón inquieto ... (...) No se trata, pues, de una propiedad sólo formal y exterior, sino de ese peso del ser al que aluden términos como gloria (la palabra bíblica que mejor expresa la “belleza” de Dios en cuanto manifestada a nosotros), esplendor, fascinación: es lo que suscita atracción gozosa, sorpresa grata, entrega ferviente, enamoramiento, entusiasmo; es lo que el amor descubre en la persona amada, esa que se intuye como digna del don de sí, por la cual estamos dispuestos a salir de nosotros mismos y a arriesgarnos libremente*”.



Entonces, la “*belleza*” es Dios, es Su “*gloria*”... Pensemos en las palabras que el Sagrado Corazón ha revelado a Don Orione en nuestra Casa Madre: “*de aquí partirá mi gloria*”; entonces, “*¡de aquí partirá mi belleza!*” Nosotras, PHMC, a través de nuestra “*femineidad*” tenemos la misión de hacer resplandecer la “*gloria*” de Dios, es decir, la “*belleza*”, la ternura, la misericordia de Dios. Esta “*belleza*” se transforma en evangelización, apostolado, anuncio del Dios de la Gloria, de Aquel que es “*el más bello de los hombres*” (Sal 44,3) glorificándolo con nuestra vida consagrada.

Siguiendo todavía las palabras de Martini, la “*belleza*” atrae y es agradable. En la escena de la Transfiguración, los apóstoles que estaban con Jesús, experimentaron la alegría y la fascinación de

aquella “*belleza*” jamás vista y quisieron quedarse allí (cfr. Lc 9,33). Una persona “*bella*”, una comunidad “*bella*” evocan la “*belleza*” del ser y vivir con Él, en Él y para Él. Una casa, una capilla, una obra donde hay orden, armonía, limpieza, refleja la “*gloria*” y la “*belleza*” de Dios mismo.

La “*belleza*” de una fraternidad que vive relaciones de apertura a Dios y a los otros, en la amistad, en la delicadeza, en el diálogo y en el perdón, en la ayuda recíproca y en la tolerancia, en la verdad y en la bondad, es una fraternidad entusiasmante y atrayente para las generaciones más jóvenes, y es roca firme para la fidelidad y perseverancia de las más adultas y ancianas. La “*belleza*” es surgente de esperanza, de alegría y de perseverancia.

El Card. Martini usa la misma expresión de la cita de L. Boff leída anteriormente: La “*belleza*” salvará al mundo. Es la experiencia de Don Orione: “*¡solo la caridad salvará al mundo!*” Si Dios es “*belleza*”, si Dios es “*caridad*”, entonces, ¡la “*belleza*” es “*caridad*”! ¡La “*caridad*” es “*belleza*”! Dice el Card. Martini: “*No basta deplorar y denunciar las fealdades de nuestro mundo. (...) Es preciso hablar con un corazón cargado de amor compasivo, experimentando la caridad que da con alegría y suscita entusiasmo; es preciso irradiar la belleza de lo que es verdadero y justo en la vida, porque sólo esta belleza arrebatada verdaderamente los corazones y los dirige a Dios*”.

Queridísimas Hermanas, revisemos la belleza de nuestra vida, personal y comunitaria, partiendo de las cosas más simples: de nosotras mismas, de la “*belleza*” de un rostro sereno y alegre, de la “*femineidad*” y “*sobriedad*” en el orden personal, en los ambientes comunitarios, en nuestras habitaciones, en los lugares de trabajo y de apostolado.

<sup>2</sup>Papa Francisco, Meditazione Mattutina nella Cappella della *Domus Sanctae Marthae*, *La donna è l'armonia del mondo*, Giovedì, 9 febbraio 2017

<sup>3</sup> Carlo Maria Martini, Lettera pastorale del 1999, “*Quale bellezza salverà il mondo?*”.

Revisemos la “*belleza*” de nuestros gestos, pensamientos y palabras; de las relaciones entre nosotras, con las hermanas más ancianas y enfermas, con las más jóvenes, con los laicos, con los amigos, con los parientes, con los dependientes.

Revisemos la “*belleza*” de nuestra oración, de la música, del canto, la “*belleza*” del silencio, del diálogo, del perdón. La “*belleza*” es gentileza, educación, respeto, buenos modos, ternura, cordialidad.

Revisemos la “*belleza*” de nuestro estilo de familia, del modo de acoger a un huésped o una visita, de servir a un pobre, de responder al teléfono, de ponernos al servicio del otro, de hacer apostolado.

Recuerdo una vez a un hermano nuestro que, en ocasión de una fiesta, se había quedado a almorzar con nosotras en Roma, y quedó admirado del decoro de los ambientes, de los pequeños detalles con los cuales estaba preparada la mesa, de la delicadeza y gentileza de la acogida de las Hermanas, y en un cierto momento me dijo: “¡Se ve que en esta casa viven mujeres”!

La “*belleza*” y la armonía de nuestra femineidad deben salir del “*exilio*”, para llenar nuestra Vida consagrada de nueva luz, de nueva fascinación. La “*verdad*” y la “*bondad*” son más brillantes si están revestidas de la “*belleza*” que es “*gloria*”, que es también “*santidad*”. Pero esto lo tendremos solo recurriendo a la fuente de la “*Belleza*”, como Moisés, que al bajar del Monte Sinaí, “*la piel de su rostro se había vuelto radiante, porque había conversado con Él*” (Ex. 34,29b).

Este tiempo de Cuaresma es el más propicio para revisarnos a la luz de Su Rostro amante y sufriente, para volver a ponernos con un corazón contemplativo frente a Él, que es “*el más bello de los hombres*”, y desenmascarar en nosotras, con coraje y libertad, aquello que habla de vanidad, de mundanidad, de superficialidad, y obstaculiza la “*belleza*” de Cristo en nosotras.

#### **Hagamos una pausa en la lectura y compartamos:**

##### **Comunitariamente:**

- ¿Qué nos llama la atención, como comunidad, de cuanto hemos leído?
- ¿Cómo ha entrado el espíritu del mundo en nuestro “estilo de vida”?
- ¿Cómo hacer más bella nuestra vida comunitaria y apostólica? Concretamente.

##### **Personalmente:**

- ¿Cómo me siento interpelada por esta reflexión?
- ¿Qué elementos de vanidad y mundanidad debo purificar en mí?

#### **¡MARÍA, BELLA, TÚ ERES COMO EL SOL!**

En la Solemnidad de la Pascua, hacia la cual nos encaminamos con este tiempo de Cuaresma, el himno de las Laudes en el breviario italiano dice: *Resplandece el sol de Pascua, resuena el cielo de cantos, exulta de gloria la tierra.*

Todo conduce, a lo largo del doloroso sendero de la Pasión de Jesús, hacia el nuevo “*Sol*” que surge, que resplandece: “*el Sol de Pascua*”, Cristo Resucitado, es el nuevo Sol, el nuevo rostro de la “*belleza*”, el esplendor de la “*gloria*” del Padre, Rey victorioso... el “*más bello de los hombres*”.

A la luz de Su belleza “*resuena el cielo de cantos, exulta de gloria la tierra*” porque la “*belleza ¡ha salvado al mundo!*”!



Y en la aurora de la Pascua nos espera María, que ahora abraza la “*Vida*”, la “*belleza*” del Hijo Resucitado... Bella como el Sol, como el Hijo.

María es “*toda esplendor*”, porque también ella ha crucificado su inmaculada belleza en la Cruz del Hijo: “*prendado está el Rey de tu belleza resucitada*”.

María es armonía, es la mujer de la Nueva Alianza, nacida de la sangre de Cristo. María es luz, nacida de la luz del Resucitado. María es madre de todos nosotros, es la mujer fuerte y tierna, nacida del

Corazón traspasado del Hijo.

Así María es modelo y escuela de verdadera y divina belleza y de femineidad. Lo ha dicho extraordinariamente Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater*: *“a la luz de María, la Iglesia lee sobre el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos, de los cuales es capaz el corazón humano: la totalidad oblativa del amor; la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad ilimitada y la laboriosidad incansable; la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de aliento”*<sup>4</sup>.

**Queridas Hermanas**, invitemos a María en este tiempo, a venir con nosotras, a caminar junto a nosotras, a nuestra Comunidad, en esta Cuaresma. Confiemos a ella, la mujer verdadera y bella, el camino de preparación a la Pascua, y pidámosle que nos sostenga en la contemplación del Hijo, para que podamos plasmar en nosotras Su belleza, y llegar a la Pascua renovadas y purificadas por su amor redentor.

Cada Comunidad se organizará seguramente con responsabilidad para vivir este tiempo, en sintonía con cuanto nos piden nuestras Constituciones y Normas generales, pero las invito, sobre todo, a vivir cada propósito, cada renuncia, cada sacrificio a la luz de las reflexiones que hemos compartido, las invito a vivir la Cuaresma en clave de belleza y de santidad, para que no sea una Cuaresma más, hecha solo de pequeñas reglas muchas veces mezquinas y egoístas, sino hecha de grandes y auténticos deseos de renovar el compromiso de la vocación consagrada orionina.

Concluyo con estas bellísimas palabras de Don Orione, que querría escuchásemos, como el mejor augurio de Pascua: *“Pidamos a la Virgen Santísima que es Madre del Celestial y Divino Amor, que dé a nuestras almas una gran llama de amor de Dios, de verdadera caridad del Señor, de modo que nos estreche inseparablemente en la vida y en la muerte, en el divino servicio de la Iglesia y de las almas”*<sup>5</sup>.

Las abrazo con gran afecto en el Señor, y ¡les auguro una Bella y Santa Pascua!



*Hna. María Mabel Spagnuolo*

Hna. María Mabel Spagnuolo  
Superiora General

Roma, Casa general, 18 de febrero 2019.

<sup>4</sup> Giovanni Paolo II, Enciclica *Redemptoris Mater*, n. 46.

<sup>5</sup> Scritti 20,76, Lettera a Don Pensa, Roma, 2 Maggio 1920.